

SI EL FÜHRER LO SUPIERA

Los personajes no históricos o pseudohistóricos que aparecen en este libro son invención del autor. Toda similitud de nombre o de otra índole con personas vivas es mera casualidad.

En un mundo enloquecido como el aquí descrito, a través del cual, sin embargo, se traslucen los contornos de nuestro mundo real de hoy, el autor no puede mostrar piedad de ninguna índole, de modo que las únicas figuras susceptibles de aparecer aquí son negativas. El propio autor se reserva, para sí, la pretensión de ser una de ellas.

OTTO BASIL

## DE CIERTAS AMAZONAS

«La señora Fortuna es tan difícil de atrapar como un corzo; ella, además, me es hostil. Yo sigo su rastro y a menudo me le he aproximado: ¡pero ella siempre se me escapa!».

HERR RUBIN, trovador medieval

El 9 de noviembre de mil novecientos sesenta y tantos fue sábado. Un viento húmedo y frío barría con desidia las calles de Heydrich —la rebautizada ciudad al pie del macizo del Kyffhäuser—, haciendo estremecer las últimas hojas de los árboles. Olía a nieve y agua en descomposición. La luz de esa tardía mañana de otoño se tragaba los colores: los objetos se volvían opacos e irreales en aquel crepúsculo de fluir lento y blanquecino.

Los días 9, 10 y 11 de noviembre eran jornadas de riguroso duelo en todos los puntos de la nación. Pero el recuerdo a la gran deshonra de 1918 había ido difuminándose poco a poco incluso en el seno del Partido, de modo que la atmósfera de esa nublada mañana otoñal no se diferenciaba en nada de otras que la antecedieron. Se iniciaba un día, uno como otro cualquiera.

Höllriegl\* acababa de tomar una ducha de agua fría; con el cuerpo vigorizado, bajaba con ligereza, casi dando saltos, la escalera que lo llevaba hasta su consultorio. Las lustradas botas de caña alta crujían sobre los peldaños de madera. Como ocurría a menudo en los últimos tiempos, volvía a encontrar un motivo para enfadarse con Burjak, que ahora se había olvidado de sacar brillo al cartel metálico de la puerta, pero que, en general, se estaba volviendo cada vez más negligente.

\* Muchos de los nombres propios en esta novela tienen connotaciones irónicas, hilarantes, amenazantes o trágicas. Höllriegl es un nombre formado con las palabras *Hölle* (infierno) y *Riegel* (cerrojo, pestillo), de modo que nuestro protagonista, un giromante y radiestesista, viene a ser algo así como un singular cancerbero, un «portero del infierno». [N. del T.]

(Höllriegl trataba demasiado bien a sus siervos, un viejo error suyo). Sobre la placa, en letras góticas, podía leerse:

ALBIN TOTILA HÖLLRIEGL

Geomancia - Giromancia - Rabdomancia

Oficina de Heydrich del Gremio de Expertos

Nacionalsocialistas en Radiestesia

Eliminación de todo tipo de daños por radiación

Radiestesia curricular

Electrodos protectores, joyas y adornos

a base de metal de radio, cinturones vibratorios

Cadenas antirradioactivas certificadas según las normativas

de la Federación de Ingenieros Alemanes (FIA)

para aparatos siderales

Asesoría espiritual en temas de vida nórdica

Consultas diarias de 9 a 11, excepto sábados

Cerrado los domingos y días festivos

¡GUERRA A LAS RADIACIONES TERRESTRES!

Nuestro rabdomante, hombre experto en el manejo de los péndulos, atravesó la sala de espera decorada con sobriedad, con sus doce sillas dispuestas en forma de estrella en torno a una mesa, y entró en su consulta, que también servía como laboratorio para ejercicios de relajación y meditación. Ante la foto del anciano Führer, que ocupaba casi toda la estrecha pared frontal, echó los hombros hacia atrás, dio un golpe seco con los tacones de las botas y alzó el brazo para hacer el saludo alemán. La imagen del Führer, una fotografía en color y de tamaño natural, había adquirido con el tiempo una pátina rojiza y su brillo era parecido al de los arrebos del ocaso. En ella, los rasgos del hombre —expresión de su fanática resolución y de su indoblegable voluntad de triunfo— parecían, por tal motivo, más blandos y tiernos, casi como los de un patriarca de la nación. Al mismo tiempo —y la impresión se intensificaba

cada vez más—, aquella oscuridad sonrosada que se iba extendiendo por la foto se asemejaba cada vez más al trémulo resplandor de un incendio lejano. Höllriegl casi creía poder oler aquel púrpura ardiente, y cada vez que miraba hacia allí de forma involuntaria, lo que observaba —lo cual quizá no fueran más que ideas descabelladas— lo sumía en oscuros pensamientos. El Führer estaba enfermo, y eso, a pesar del impenetrable bloqueo informativo, lo sabía toda la nación, medio mundo lo andaba comentando entre susurros.

Algo acongojado, Höllriegl se acercó a su mesa. Su buen humor se había esfumado, y también habían desaparecido la sensación de bienestar y seguridad. Cubrían el escritorio montones de cartas, formularios, folletos y recortes de periódico, y en medio de aquel mar de papeles, el ya mencionado Burjak —un antiguo maestro auxiliar de la región del Varta (el Warthegau),\* que le habían asignado desde el Campo de Infrahumanos de Heydrich (el CdIH 1238)— había colocado la bandeja con el desayuno. Höllriegl comió con poco apetito y más prisa de la habitual. Mientras desayunaba, hojeó distraídamente la última serie de *La llama ódica*, órgano gremial de la Asociación Alemana de Gravimetría y Prospección Pendular. Su mirada se deslizó por las páginas de un libro abierto: era el *Manual de crueldad*, de Schultze-Rüssing. El capítulo iniciado

\* En su afán mesiánico por apropiarse del mundo, la Alemania nazi no sólo apeló a la fuerza bruta y a la represión, sino que recurrió también a un intento de redenominación de la realidad: en ese intento surge el llamado *Gau* (plural *Gaue*) en sustitución de los *Länder* de la República de Weimar. Antes de tomar el poder en 1933, los *Gaue* eran las delegaciones del Partido nazi en las distintas regiones alemanas, el marco geográfico al que quedaban delimitadas sus competencias. A la cabeza de cada *Gau* había un *Gauleiter* (un jefe regional del Partido). Con la toma de poder, el término pasa a ser el nombre común de los Gobiernos regionales, y los *Gauleiter* empiezan a cumplir funciones de gobernadores, con potestades casi de señores feudales. La palabra *Gau* (del antiguo germánico *gaw-ja*: paraje, comarca, paisaje, región), representa muy bien esos afanes romántico-medievalizantes del nazismo. En este caso, el Warthegau (antiguo *Reichsgau* Posen), comprendía una parte de los territorios ocupados en Polonia. [N. del T.]

la noche anterior, que ya Höllriegl se sabía casi de memoria, trataba de las medidas de robustecimiento espiritual de la raza de los asios,\* y hablaba especialmente del trato a la servidumbre. Poco antes de irse a dormir, Höllriegl había estado leyendo aquel mamotreto ricamente ilustrado, no para levantarse la moral, sino para recrearse en ciertas fantasías suyas que, como él mismo admitía, eran algo desviadas.

Pronto llegaría el correo. Höllriegl echó una rápida ojeada a la agenda. Era sábado, el único día de la semana que no tenía consultas. Levantarse tarde le había sentado bien, aunque se había perdido el programa Gran Despertar de la Nación, transmitido al mundo por todas las emisoras. («¡Otra vez holgazaneando!»). Plenamente consciente de su culpa, Höllriegl oprimió el botón de la radio, y de inmediato se escuchó a través del altavoz una voz pastoral y espesa:

... Toda vida es misericordia. Ser cristiano alemán es la santificación de todo lo terreno, y no pretende ser más que eso. La nobleza del trabajo, el Edén aquí en la Tierra, la laboriosidad y la actitud inocente ante Dios, sin esos ojos de azoro adictos al Más Allá que sólo incitan a la pereza. Así concebimos nosotros, los alemanes...

Era la hora de confortación del Movimiento Nacional de Cristianos Alemanes, en Osnabrück. Los pensamientos de Höllriegl continuaron vagando hacia determinadas formas rectas, rígidas, pero retornaron de inmediato a aquella voz sinuosa y remilgada:

... Y si alguien viniera ahora, uno de esos que aún no quieren comprender que se les ha acabado su mezquino papel de intermediarios sacerdotales, esos que nos reprochan rendir un

\* *Asisch*, asio, es uno de los sinónimos de ario empleados por Jörg Lanz von Liebenfels, uno de los padres de las teorías raciales del nazismo. [N. del T.]

culto mesiánico al Führer o endiosar vanidosamente al Partido y a la Nación, a éstos daremos aquí la más decidida respuesta...

A las diez, según la agenda, comenzaba en la Casa del Partido local el habitual curso de fin de semana para los funcionarios del subdepartamento c-2. Un curso obligatorio sobre la restructuración del Partido en los territorios de los chandalas, con especial atención a las bailías rusas. Höllriegl conocía superficialmente al director del curso, uno de los «Varegos», como llamaban conjuntamente a los hombres del honorable Servicio de Inteligencia y Seguridad del Reich (el SD) y de las Patrullas Alemanas de Autodefensa en las regiones del Este. El hombre no le caía bien, pero, aun así, tenía que asistir. A las once tenía la hora de instrucción para la Sección de Pioneros Hitlerianos de Transilvania-Sajonia, que hacían su acampada de invierno en el Sachsenburg, cerca de Heldrungen. Las clases tenían como tema el de «Dos veces Compiègne: 11 de noviembre de 1918-21 de junio de 1940. Una comparación». Allí mismo tendría lugar la ronda informativa —aburrido asunto rutinario— para *El heraldo de Kyffhäuser*, ya que el encargado de esos temas, Kummernuß, había enfermado de gripe. Después de eso, pensaba entregar unas cartas en la redacción del periódico y echar un vistazo a las galeradas de su columna dominical, «Introspección nórdica».

Höllriegl puso el receptor en onda corta y continuó girando el botón:

Ésta es la Voz de la Wehrmacht en Johannesburgo, con sus antenas direccionales en Bloemfontein y Vereeniging. A punto estamos de transmitir el encuentro de camaradas de la hermandad Afrikáner Broederbond, en Krugersdorp.

Dio otro giro al botón. Se oyó entonces una voz hueca y nebulosa:

Al que por sagrado tener deberíamos, hemos cercenado. No muy propio de nosotros es de los lobos el ejemplo tomar,

combatiéndonos con saña como hacen de la Norna sus sabuesos, que en los páramos hambrientos crecieron.

Era la emisora del Reich en Asgard, con sus clases de alemán para el joven pueblo de Norlandia.\* Otro giro:

[...]

—¡A ver, paleta mentecato! ¿Es que te han estado frotando hoy el cuerpo, de pies a cabeza, con papel de lija? ¡Payaso de goma, te habrías merecido dos años de residencia de ancianos sin derecho a los pases de fin de semana!

—¡Vamos, cierra el pico, anda, o te lo cierro yo de un culatazo! ¿Qué van a pensar los camaradas de nosotros, viendo que ni siquiera eres capaz de cerrar el pico por un momento? ¡Dime, vagabundo de cuneta!

—Modera el tono, ¿lo has entendido? ¡Si no lo haces, te coso el culo a patadas!

—Vaya si tienes hoy el tonto subido...

Ésa era Ankara, con un programa de entretenimiento para las tropas estacionadas en el Protectorado Otomano. (Höllriegl conocía hasta la saciedad todos esos programas de radio). Otro giro. Los cristalinos arpegios de un lejano clavicémbalo —quizá de una de las potentes emisoras de los alemanes del Volga— flotaron por la habitación llena de estanterías de libros y vitrinas repletas de relucientes objetos con una aureola mágica: péndulos de cristal de montaña, estrellas de brillo dorado para colgar (en realidad, elementos), pequeñas placas de plata en el extremo de un colgante, las cuales inmunizaban contra la

\* Basil emplea aquí una entre las muchas transcripciones de uno de los pasajes de la *Saga Volsunga* de la mitología germana, el que relata la venganza de los hermanos de Sunilda por la muerte de ésta. Lo hilarante se deriva de la utilización de estos textos arcaizantes como material didáctico en la enseñanza de la lengua alemana en las nuevas regiones colonizadas en esta obra de ficción. [N. del T.]

radiación terrestre, relucientes antenas y odóscopos,\* adornos que, en realidad, eran detectores de alta frecuencia, varas, péndulos antiguos. ¡Ah! ¡Las *Variaciones Goldberg!* Höllriegl ajustó el volumen del Multireceptor del Pueblo\*\* y caminó hasta la ventana con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, totalmente concentrado en escuchar aquella música. Si Bach había erigido la catedral de la música alemana, Adolf Hitler había levantado la catedral de un Reich Germánico Mundial, una catedral que era una fortaleza inexpugnable, la fortaleza de un Grial, un castillo defensivo inconquistable, indestructible hasta el final de los tiempos.

Pero el Führer estaba enfermo, gravemente enfermo incluso, según se decía. ¡Pérfidos rumores clandestinos! Höllriegl sintió un escalofrío. Fuera, en la niebla, había gente por todas partes, formando grupos, y en las ramas, inmóviles, se

\* Como habrá notado ya el lector, en este libro abundan los neologismos de toda índole que designan territorios ficticios o semificticios, cargos y denominaciones de nueva creación, instrumentos inventados. Un buen ejemplo es el del «odóscopo». Basil juega aquí, a nuestro juicio, con el término «hodóscopo», un aparato real para detectar la trayectoria de las partículas, y el nombre masculino de raíces germánicas Odo, derivado del antiguo alemán *ot* (riqueza, posesiones). En el vocablo resuena también el eco de la palabra horóscopo, por lo que representa muy bien ese bati-burrillo de ideas que intentó amalgamar la ideología nazi, con sus estilizaciones de referencias germánicas, su esoterismo pseudocientífico, sus afanes medievalizantes, sus fantasías de una estirpe primigenia del género humano, etc. [N. del T.]

\*\* *Volks-Allempfänger*, en el original. El autor varía aquí la denominación real del modelo de aparatos de radio que empezó a fabricarse y distribuirse en Alemania, por encargo de Goebbels, desde mediados del año 1933: el *Volksempfänger* o VE-301. Los equipos podían adquirirse por un módico precio o eran donados masivamente con algún motivo especial de importancia simbólica para el régimen nazi: un cumpleaños de Goebbels, por ejemplo. La idea subyacente a tal «generosidad», aparte del motivo oficial de que cada hogar alemán contara con un aparato de radio, era la de hacer llegar la propaganda del régimen no sólo a todos los rincones del país, sino al oído de cada familia. Los VE-301 estaban prudentemente diseñados para recibir únicamente la señal de emisoras locales o nacionales. Basil reajusta la denominación a un Reich alemán que se ha extendido por todo el planeta. [N. del T.]

posaban las cornejas. Le habían pedido que realizara un examen con el péndulo en unas oficinas de la Richthofen-Straße a las 13:30. Y luego... Luego iría con su coche hasta la residencia del matrimonio Von Eycke.

Tocaron a la puerta. El cartero. Höllriegl lo saludó con su perezoso acento de la Marca Oriental: «*Heitla!*». El hombre le entregó un par de cartas y un taco de impresos a través de la puerta. «¡*Heil* Hitler, nuestro Führer!», dijo en tono amable, pero con énfasis. «¡*Heil* Hitler!», respondió Höllriegl con voz temblorosa. Con la frente algo nublada, contempló el escaso correo entrante.

Höllriegl era nuevo en la ciudad, o mejor dicho: hacía un año que lo habían trasladado (forzosamente) de Göringstadt —ciudad del Alto Danubio (antigua Linz)— a este pueblucho del macizo del Kyffhäuser. Algunas ratas de su gremio habían estado intrigando en su contra en Stadl-Paura, la nueva capital regional, en la cual, desde el solemne repudio oficial al que el Führer sometiera a Viena, había tenido su sede la Gubernatura de todos los *Gaue* de la Marca Oriental, la antigua Austria. Höllriegl se sentía joven, estaba lleno de ambiciones. «¡Algo habría que enseñarles a esos hermanos!», se decía. Su círculo de clientes crecía constantemente, y por ahora era necesario ir venciendo poco a poco ciertas resistencias solapadas. Las instancias oficiales de Heydrich no perdían la oportunidad de azuzar contra el novato de la Marca Oriental nuevas animadversiones de carácter local, lo cual se les hacía tanto más fácil por cuanto ciertas secciones del Partido y sus dependencias asociadas —por ejemplo, la Oficina Central de Beneficencia Popular y la Liga de Médicos Nacional-socialistas— hacían patente —ya fuera por envidia competitiva o por estrechez de miras— un menosprecio apenas disimulado contra los «zahoríos» implicados en las labores de la sanidad. Era un resentimiento que databa de la época anterior a la guerra. Ese menosprecio, en su origen, había sido general. Sólo cuando salió vencedora la «corriente metafísica» dentro de las filas del Partido y de las ss, y Alfred Rosenberg asumió

el patronazgo de la Geomancia Alemana –esto ocurrió poco antes del histórico proceso contra los criminales de guerra celebrado en Toledo, en el que se condenó a treinta y cuatro hombres de Estado de los Aliados a ser ejecutados por garrote vil–, sólo entonces, se acallaron los ataques contra la sabiduría pendular. A los geománticos los habían acusado nada menos que de emplear una semántica de las regiones del este, de crear alianzas clandestinas, de practicar el desviacionismo de los principios nórdicos, y hasta de hostilidad contra el Partido, el Estado y la Wehrmacht. Rosenberg, el apóstol de la idea de la raza y, después de los juicios de Toledo, nombrado paladín de la Comunidad Internacional de Pueblos Ariogermánicos (la CIPA), con sede permanente en Reikiavik, Delfos y Benarés, había sido siempre un aficionado a la sabiduría del Oriente. Porque, a fin de cuentas, también ella –como siempre había sospechado Höllriegl– tenía sus raíces en el sagrado suelo nórdico. Pero Rosenberg –que hasta el final había sido, sin discusión, el filósofo del Estado por excelencia– ya no vivía, y un joven movimiento –todavía mal visto por los círculos oficiales, pero tolerado tácitamente (lo cual permitía concluir que sus nuevos ideólogos habían sabido ganar terreno dentro del Partido)– pujaba por avanzar; un movimiento al que, en los ataques, llamaban el MATNAC: «Materialismo Nacionalista». La giromancia, blanco del odio que le deparaba el haber sido una especialidad promovida por Rosenberg, se veía ahora ante un nuevo enemigo.

Con hastío, Höllriegl apartó los impresos: tonterías sobre capacitación y sobre ideología. ¡Pero estaban las cartas! El dueño de una cantina en la localidad vecina, después de una operación de próstata, estaba aterrorizado con el cáncer: sufría mareos, espasmos, colitis nerviosas (los árboles frutales de su huerta tenían las típicas tuberosidades del cáncer, escribía). ¿Los puntos geopatógenos de Hartmann? La viuda de un director de escuela de Pforta, caído durante la operación «León Marino II» en Folkestone, una mujer de cuarenta y ocho años, condenada a estar encerrada entre cuatro paredes

debido a un grave cuadro de artritis, se quejaba de insomnio, presión intracraneal, trastornos de la visión, falta de concentración. ¿Serían síntomas de menopausia o influencia de la radicación terrestre? El tercer caso era el de un conductor de locomotoras en sus mejores años, casado, que se veía afectado por ataques de pánico, impotencia, complejos de inferioridad, graves depresiones. El remitente lo insinuaba, obviamente, con cuidadosos giros expresivos: toda manifestación de minusvalía o complejo de inferioridad era considerado un delito contra el Estado. Un ayudante de laboratorio, veintitrés años, empleado en el centro de investigaciones del CdIH de Neuenhamme (un centro identificado con la ominosa letra v, la de las armas nucleares), quien desde hacía un año y medio había trabajado con entusiasmo en la creación del cañón de cobalto y cesio —y que, en sus experimentos, había aplicado radiaciones a cientos de pacientes, en su mayor parte ejemplares de la raza alpina—, estaba, al parecer, en las últimas: padecía náuseas, ataques de paranoia, reacciones alérgicas y un insomnio permanente. ¿Se habría intoxicado con somníferos? ¿Tendría el síndrome de la radicación o estarían siendo afectado por la radiación terrestre? Tal vez se tratara de esto último. El hombre solicitaba escritos esclarecedores al respecto y pedía que le enviaran equipamiento de protección sideral.

Eran siempre las mismas quejas. Trastornos del sueño, padecimientos anímicos, manía persecutoria, hastío de la vida. Una epidemia de suicidios, mantenida en estricto secreto por las autoridades —se sancionaba incluso el empleo del eufemismo «muerte voluntaria»— afectaba no sólo al Reich, sino a todo el Occidente unido gracias al Führer. Las más afectadas eran las élites. Un suicidio fallido era castigado con la cárcel, en algunos casos, incluso, con el destierro a los territorios de los chandalas o en uno de los campos para infrahumanos. ¿Insomnio? Lo cierto era que el pueblo alemán dormía mal desde que había conquistado la mayor victoria de su historia.

Sobre el butacón normalmente destinado a los visitantes yacían hoy los periódicos y las revistas. La primera de todas

era la revista del KdF,\* *El Reich milenario*. Allí, lo mismo había publicaciones nazis veteranas como *Der Flammenwerfer*, *Der Schwarze Korps* o *Der Stürmer* (actualmente enfrascado en una batalla ideológica contra los «simios amarillos», en especial contra los miembros de la Soka Gakkai y contra la familia imperial) que otras como *El soldado*, *Somatología racial*, *Raza de héroes*, *El oso blindado*, *Los runas de la victoria*, *Voluntad de resistencia*, el tabloide ilustrado para mujeres *Krimilda* o *El Giro-mante Nacionalsocialista*. Sin dudarlo, Höllriegl estiró la mano para sacar de la pila un ejemplar de *Minne* que mostraba en la portada la foto de una mujer semidesnuda en una playa meridional.

*Minne* era la preferida por la juventud del Reich; estaba destinada a preparar al joven varón ario y a la joven compatriota de pura sangre alemana para los nobles propósitos que se materializarían más tarde en los Castillos de la Orden (*Ordenburgen*) de las ss y en los conventos de maternidad, destinados a la cría selecta de madres de crianza. La revista despotricaba especialmente contra el amor «sin control» y contra la elección individual de pareja. Era el órgano más radical en favor de la cría de la raza «rubiazul», y al mismo tiempo, por lo que se decía, un portavoz del MATNAC, aunque con cierto carácter aristocrático. La redacción de este periódico ilustrado de factura muy atractiva, editado en Berlín por un antiguo hombre de la compañía de Propaganda llamado Hansjörg Fenrewolf Stoffregen, se las agenciaba de un modo deslumbrante para, tras la fachada de estar realizando una labor de divulgación científico-técnica, con ensayos sobre la raza y la eugenesia, estimular los sentidos y abrir de par en par las puertas a un erotismo de nuevo tipo cuyas raíces había que ir a buscarlas a los campos de trabajo voluntario de las jóvenes nazis en la época anterior a la guerra.

\* KdF son las siglas de *Kraft durch Freude* (Fuerza a través de la alegría), la dependencia estatal de la Alemania nazi que se ocupaba de administrar, organizar y controlar el tiempo de ocio de los ciudadanos. [N. del T.]